

vidaríamos a los próceres para resucitar a los críticos. La nómina de Montañistas recordaría a Esteban Echeverría y a su Mefistófeles, sin olvidar a Juan María Gutiérrez. A Sarmiento preferiríamos retenerlo menos por el *Facundo* que por los *Recuerdos de provincia*, rescataríamos unas páginas de *El Quijote y el quijotismo* de José Manuel de Estrada. Así alcanzaríamos a Juan Montalvo —tan espartano como ecuatoriano— restituyendo mejor su *Espectador* que sus *Tratados*. No olvidaríamos las crónicas de José Martí ni las reseñas de Paul Groussac quien sólo (habitualmente descartado de los registros) se separó de Montaigne para abrazar a Cervantes. Rubén Darío, otro lector del lector de la torre, transformó verso y prosa, hizo del retrato en *Los raros* un ejercicio de aguda sensibilidad y transmutó una "Historia de mis libros" en un ensayo de autobiografía moral e intelectual poco frecuente entre nosotros. Sólo retrocederíamos para abrir en la memoria un espacio para Lucio V. Mansilla, delicioso viajero y charlista, conversador con la pluma entre los dedos que una supersticiosa sed de filosofías y un hambre voraz de próceres ha entregado a los páramos de la amnesia. De José Enrique Rodó —otro lector— cosecharíamos *Los motivos de Proteo* por fidelidad al género y por su versátil inconstancia antes que *Ariel*, ese libro que lleva el nombre del genio del aire y que expone y personifica una idea moral, aérea y gaseosa, de América. Al argentino Ricardo Sáenz Hayes, autor del libro más ambicioso que sobre Montaigne ha escrito un americano, lo tendríamos en mente por sus ensayos sobre la amistad. Nombraríamos a Ezequiel Martínez Estrada que tanto en la historia del ensayo hispanoamericano como en la de los lectores de Montaigne destaca por el ingenio y creatividad con que maneja la forma de los ensayos de los cuales es, por cierto, el único traductor hispanoamericano. Los mexicanos reunidos en torno a la revista *Contemporáneos*, Xavier Villaurrutia y Jorge Cuesta —puntualmente omitidos de todas las historias del ensayo hispanoamericano— alcanzaron a Montaigne desde André Gide pero una vez encontrado no lo dejaron. Tal vez recordaban que el poeta Ramón López Velarde —autor de no pocas crónicas puntualmente omitidas pero rescatables— llevaba en la mano los *Ensayos* la noche víspera de su muerte. Y a nadie sorprenderá que en la capilla de Alfonso Reyes uno de los libros más anotados por la letra menuda del patriarca sea éste de los *Ensayos*. En José Lezama Lima, como sabemos por *Analecta del reloj*, batallaban Pascal y el señor de Eyquem, el catolicismo y el trópico. Algo semejante le sucedía a Jorge Luis Borges, heredero de Montaigne a través de los ensayistas ingleses. Arciniegas y Picón-Salas no deja de dialogar con él. Octavio Paz en sus poemas. Augusto Monterroso sa-

lió de su Guatemala muy joven, perseguido, con un único libro entre las manos como una brújula: los ensayos. Este sucinto repaso donde saltan tantos nombres habitualmente ausentes de la historia sugiere que no es del todo injustificada la hipótesis de que el ensayo hispanoamericano ha sido visto a partir de una radiografía conceptual más preocupada por los esqueletos proféticos que por la existencia y la expresión literarias. Vale decir que una asepsia detergente suele limpiar de ensayismo la historia del ensayo hispanoamericano. Por supuesto, razones históricas, motivos y movimientos complejos influyen este uso y definen estas no por oficiales menos pretéritas costumbres intelectuales. Comprenderlas nos lleva a otro paseo —nos paseamos por pasearnos. A ver si así nos explicamos por qué en Hispanoamérica desaparecen los autores menores en la historia del género menor. <

[VUELTA NÚM. 184, 1992]

POEMA

JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS

Una palabra basta
para que la piedra cambie de color.
Para que tu cuerpo que ya no es piedra
sea basalto o luz.
¿Numero la materia? ¿El enjambre?
¿La madeja de acero?
Una palabra desolada.
Tu cuerpo abandonado en el vertedero
de la imaginación.
Los mendigos recogen los desechos
de la fiesta: el espejismo.
El agua mineral cae en el vacío
y contempla su luz
apagada: el miedo
de la cueva.

[VUELTA NÚM. 212, 1994]